

Esta historia que os voy a contar sucedió un día de verano, no hace mucho tiempo, en un pequeño puerto de mar. Era una tarde clara: el cielo era azul como el vientre de un pez y el agua brillaba como un espejo. Soplaban un poco de viento que mecía las barcas del puerto, casi adormecidas bajo el sol del atardecer.



Todas las tardes, Berta y Miguel salían de casa y se perdían entre las calles, hasta que llegaban al mar. Allí se encontraban con Jaime, Amparo, David... Corrían hasta los pinares de la ladera y saltaban por las rocas, porque la alegría del verano los hacía crecer, hacia arriba.

Berta decía:

–Un día llegaré a tocar la luna: estiraré la mano hasta ponerle un dedo en la punta de la nariz.





Y, quizá, más de una vez lo consiguieron. Esperaban a que la luna apareciera sobre el agua. Y alargaban el brazo, se ponían de puntillas, hasta que venía a posarse en la punta de sus dedos.